

Arte, sublimidad y belleza, una conjunción inseparable

Sandra Vives

At pensar en qué es *el* arte nos encontramos ante varios sentidos, entre ellos, el estético, que distingue a las denominadas “Bellas Artes”. Ya en un sentido múltiple, el arte representa esa especial virtud o capacidad para producir “algo”; siempre en un marco de reglas y modelos de creación; desde el cual, ese “algo” llega a ser.

Desde momentos iniciales, Aristóteles afirma que es esa virtud de elevación hacia el arte y el razonamiento, la que distingue a la naturaleza humana de la animal. Y el concepto de arte ofrece distintos perfiles de producción: el arte manual; el arte de la palabra; el arte del razonamiento-intelectual, con el establecimiento de una jerarquía, desde la creación artesanal hasta la producción intelectual, como alcance supremo hacia la verdad.

A partir de este concepto amplio, de cierta ambigüedad y apertura, la Historia del Arte cobija un frondoso despliegue de diversas concepciones, estilos y conjunciones artísticas.

Ahora bien, la multifacética variedad de creaciones artísticas de nuestro tiempo, nos invita a revisar aquella definición inicial, proponiendo a la estimación de una obra “de arte” el siguiente interrogante: ¿es esto una **obra de arte**?”

Y, consecuentemente, surge el planteo que involucra a las características singulares, que definen la obra artística.

En tal sentido, se hace presente la consideración de **Lo bello y lo sublime**, como valores indisolubles en la concepción artística del objeto-obra.

El primer escritor que destaca el valor de lo sublime en el arte es Pseudo-Longino (Siglo I). Dicho autor en su Tratado “De lo Sublime”, difundido a partir del siglo XVII, incluye una serie de consideraciones sobre la íntima relación entre lo sublime y la participación sentimental de ambos sujetos intervinientes en la obra de arte: el creador y el observador/lector; ya que para este autor, lo **sublime** representa la expresión de “grandes y nobles pasiones” y “grandes pensamientos”; cuya realización artística requiere de procedimientos retóricos y estilísticos, capaces de manifestar el talento; aquella grandeza que, mediante una serie de pautas de ingenio expresivo, de selección léxica, de elaboración estilística, entendidas como fuentes de producción, se convierte en una obra de arte auténtica.

Es, entonces, que, según el criterio de Pseudo-Longino, la **sublimidad** del objeto artístico se distingue por su huella duradera y endeble; por la imposibilidad de cuestionamiento alguno.

Con el devenir de las corrientes filosóficas, en la concepción teórica de **sublimidad** fueron incorporándose diversos matices, los correspondientes a las ciencias duras y a los aspectos metafísicos; y es Kant (1764) quien concibe lo sublime como “**infinito, inacabado e incommensurable**”, ante lo cual se impone la medición antropomórfica; con la posible presencia de la dimensión lúdica y el despliegue de la imaginación. A la vez, su tesis declara que lo sublime se origina desde la mirada del espíritu.

Uno de los valores esenciales del arte, en correlación con lo sublime es la Belleza, aun siendo independiente de la Bondad y la Verdad.

En referencia a la estética en el arte, Nicolai Hartmann le otorga a lo **bello**, una serie de propiedades axiológicas que privilegian su existencia; entre ellas, la que establece que lo bello es algo que **aparece**, no que puede estar “escondido”; esta aparición se produce “aquí y ahora”; y no se trata de un acto o una acción, sino de un valor de ese objeto representado.

Este pensador da detalles sobre los estratos de la obra artística; uno de ellos es el denominado “primer término”, esto es, lo perceptible; otro, el denominado “fondo”, es decir, lo simbolizado, de orden psíquico o espiritual; y en tercer lugar, la presencia del espíritu del contemplador, indispensable en la aprehensión del fondo de la obra artística.

Nicolai Hartmann es contundente en su definición de “belleza” y afirma que consiste, simplemente, en la **capacidad del artista** para dar al primer término aquella forma que haga aparecer de modo nítido, al contemplador, el contenido psíquico o espiritual simbolizado (fondo).

Y para este autor, la obra de arte es “efectiva” siempre y cuando que permita, al contemplador, recorrer *profundamente* la conformación de todos los estratos de la misma.

Y en la consideración actual de estos pensamientos, el reconocido representante argentino de la Arquitectura –denominado arte del espacio– Emilio Ambasz, pionero de la Ecoarquitectura, sentencia: “no hay que confundir pirotecnia tecnológica con el arte de la Arquitectura”.

Y ante la pregunta “¿qué es la Arquitectura?”, sin titubeos, responde: “Es sencillo. si conmueve es arquitectura; si no, una mera construcción”.

En síntesis, y volviendo la mirada hacia la inquietud expresada: “¿es esto **una obra de arte?**, estos exponentes centrales y universales, lo **sublime** y lo **bello**, otorgan un incuestionable sentido de existencia a la autenticidad de la obra artística; esa fuerza vital y conmovedora que deleita al contemplador.